

# LIBROS

## Un Premio Nadal tranquilo

Hace unos años, muy pocos, la concesión anual del Premio Nadal era un acontecimiento social barcelonés de extrema importancia. Acudían a él casi tantas autoridades como las que ahora acuden al Planeta. Pero el cariz polémico que adquiriera la revista *Destino* a partir de 1965, las repetidas sanciones acumuladas sobre su ex director, Néstor Luján (sin duda el periodista más sancionado de España), la suspensión de la publicación, la forzada dimisión de Luján, etcétera, etcétera, han alejado a las primeras autoridades de las mesas presidenciales del hotel Ritz. En 1969, una sola autoridad: don Esteban Bassols, director general de Promoción del Turismo; aunque la autoridad del ilustrísimo señor Bassols, con todo y serlo, es una autoridad que podríamos calificar como neutral, si es que hay autoridades neutras. El señor Bassols acudió a la fiesta por dignísimas razones de amistad personal con los patrocinadores del premio. Es decir, estaba allí como amigo, no como autoridad. Porque es prácticamente indemostrable la vinculación del Nadal con la turista veinte millones.

García Pavón ganó el Nadal; Baltasar Porcel, el Josep Plá (novelas escritas en lengua catalana), y Ramón Vidal

García Pavón es un escritor de oficio, raro oficio éste en un país lleno de escritores amateurs. Más conocido como especialista en temas teatrales, es también un excelente novelista («Cerca de Oviedo», «El reinado de Witiza») inclassificable. Esta falta de clasificación cultural de García Pavón sublima un tanto la característica del Nadal 1969, en el que ha decrecido el concurso de novelas de temática social o relacionada con la guerra civil. García Pavón es un escritor de imaginación que, además, tiene imaginación. Su novela premiada, *Las hermanas coloradas*, continúa la serie de novelas con tema-intriga policiaca que iniciara «El reinado de Witiza» y que el autor prosigue en la novela que tiene en el telar: *Una semana de lluvia*.

En cuanto a Porcel, premiado por *Difunts sota els ametllers en flor* («Muertos bajo los almendros en flor»), es uno de los escritores más singulares del momento. Triunfal periodista en las páginas de *Destino* y *La Vanguardia*; frustrado colaborador del no menos frustrado diario *Nivel*, Baltasar Porcel es un mallorquín que llegó a Barcelona a comienzos de la década del sesenta, con gafas, el ceño fruncido, alguna obra de teatro estrenada y un buen libro narrativo: *Solnegre*. En la actualidad ya no lleva gafas, no frunce el ceño, pasea un lucido perrito por las calles de la ciudad, peina extraño flequillo sauce, sigue siendo un hombre con un sentido del humor extraordinario, es uno de los cerebros grises de Manuel Lara y, sobre todo, como muy bien ha demostrado con su libro *Els Argonautas*, es, junto con Terenci Moix, lo



El Nadal, a García Pavón.

Esquius y Jordi Pol, los premios Manuel Brunet y Ramón Dimas, concedidos a los mejores reportajes literarios y fotográficos inéditos.



El Josep Plá a B. Porcel.

más sólido que ha aportado la nueva narrativa catalana. En *Difunts sota els ametllers en flor*, Porcel insiste en la temática, que tanto ha trauma-

## Diez años después

# CAMUS, EL AUTODIDACTA



«No aprendí la libertad en Marx, sino en la miseria». Esta frase con la que Camus respondió a d'Astier de La Vigerie en 1948, ilumina de un modo singular una vida y una obra aún más singulares.

Su muerte, a los cuarenta y seis años, hace diez ahora, precisamente cuando era más discutido por la «intelligencia» poria término absurdamente a un destino nada común marcado por la unión excepcional de «un hombre, una época y una obra», de la que hablaba Sartre.

Inseparable de su acción, la obra de Camus que había intrigado vivamente a los primeros lectores de «El extranjero» y de «El mito de Sísifo», consiguió su máxima eficacia con los breves y lúcidos editoriales de «Combat» y con «La peste» (1947). A Camus se le encontraba siempre allí donde, por entonces, se defendía la libertad y la vida de los hombres.

Fue con motivo de «El hombre rebelde» y la guerra argelina cuando se abrió un foso entre Camus y aquellos que estaban más cerca de él. Por haber querido explicar que la pura rebelión había sido confiscada en nuestros días por los «terrorismos de Estado» (irracionalmente por los fascismos y racionalmente por el comunismo)... Camus se veía atacado por los dos escritores que, con Malraux, más habían contado para él: Sartre y Breton. Se le reprochaba el haberse mezclado en cosas que no le concernían. Esto le llevó a una saledad mayor. Fiel al espíritu de Simone Weil —descubierta por él en 1946—, no solamente condenó el ciclo infernal represión-terrorismo, sino que llegó a declarar en Suecia (donde acababa de recibir el Nobel), respondiendo al ataque vehemente de un joven árabe, que «prefería su madre a la justicia». Y su madre no era sólo su madre, que aún vivía en Argel, sino la patria argelina; Camus no concebía que pudiera ser amputada de sus compatriotas pieznegros.

Fenómeno raro, aunque no excepcional en la literatura francesa, Albert Camus era hijo del pueblo. Su padre —muerto en campaña un año después de su nacimiento— era albañil. Su madre —originaria de Menorca— hacía trabajos de asistenta para criar a sus dos hijos. Gracias al profesor y a una beca pudo continuar sus

estudios. A los diecisiete años enfermó de tuberculosis y tuvo que trabajar para pagarse la licenciatura de Filosofía. A los veintinueve años entró en el partido comunista y lo dejó un año después para protestar por la política del partido respecto a los árabes.

Pocos como él han podido mantener su autodidactismo con tan profunda honradez. Nadie que no fuese este «extranjero» hubiera tenido la inocencia de escribir, incluso en 1942, un ensayo sobre el absurdo, descubrir a Dostoiévski, Kafka y Kierkegaard, ni ninguno que no fuera él se hubiera atrevido a comentar tan fugazmente a autores tan difíciles como Hegel o Marx, como hace en «El hombre rebelde». En este sentido, sus ensayos no pasan de la vulgarización, pero no puede negarse que con ellos servía a una juventud a la que enseñó a leer, como Gide lo había hecho anteriormente.

A pesar de que él insistió mucho en el paso necesario del «yo» al «nosotros», de la rebeldía individual a la colectiva, su obra y su vida representan un esfuerzo por exaltar una individualidad que esperaba se fundiera en un gran impulso pagano. En los últimos años, su progresivo descompromiso, sus veleidades de dedicarse en exclusiva al teatro permitían leer «La caída» (1956) como el momento especialmente trágico de una biografía desgarrada.

Sartre escribió, al día siguiente de su muerte, que nunca había dejado de preguntarse ante cualquier gran acontecimiento qué había podido pensar Camus, y añadía que el principal aporte de Camus a nuestra época era haber introducido el «hecho moral» en un tiempo en que ya no se planteaba las cosas desde la moral, sino desde la eficacia. Y lo que hoy se encuentra en él, bajo la aparente frialdad retórica, es una verdadera llama, una tensión que le convierte, como decía E. Mourier, en un «Barrés subterráneo y trágico». En este punto hoy que situarle, en este romanticismo a la francesa, que comienza con Senancour y Chateaubriand, alimentados de roussonismo, y que se perpetúa hasta Malraux y Gide, es decir, los antipodas del romanticismo.

Albert Camus es el último escritor francés clásico ■ GUY DUMUR.